

RUSIA



DE LOS ZARES A PUTIN [1880-2015]

SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA



HUGO FAZIO VENGOA CON LA COLABORACIÓN DE
LUCIANA FAZIO VARGAS Y DANIELA FAZIO VARGAS



Rusia, de los zares a Putin
(1880-2015)

Para citar este libro: <http://dx.doi.org/10.7440/2015.76>

Rusia, de los zares a Putin (1880-2015)

Segunda edición corregida y aumentada

Hugo Fazio Vengoa
con la colaboración de
Luciana Fazio Vargas y Daniela Fazio Vargas

Universidad de los Andes
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Historia

Fazio Vengoa, Hugo Antonio, 1956-
Rusia, de los zares a Putin (1880-2015) / Hugo Fazio Vengoa, con la colaboración de Luciana Fazio Vargas y Daniela Fazio Vargas. Segunda edición corregida y aumentada. – Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, Ediciones Uniandes, 2015.

272 páginas; 17 x 24 cm.

ISBN 978-958-774-239-8

1. Rusia – Historia – Nicolás II, 1894-1917 2. Rusia – Historia – Revolución, 1905-1907 3. Unión Soviética – Historia Revolución, 1917-1921 4. Rusia – Historia – Siglo XXI 5. Rusia – Política y gobierno 6. Rusia – Condiciones económicas I. Fazio Vargas, Luciana II. Fazio Vargas, Daniela III. Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Historia IV. Tít.

CDD 947.8

SBUA

Primera edición: noviembre del 2015

© Hugo Fazio Vengoa, Luciana Fazio Vargas y Daniela Fazio Vargas

© Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia

Ediciones Uniandes
Calle 19 n.º 3-10, oficina 1401
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 3394949, ext. 2133
<http://ediciones.uniandes.edu.co>
infeduni@uniandes.edu.co

Departamento de Historia
Publicaciones Facultad de Ciencias Sociales
Carrera 1.ª n.º 18A-12, Bloque G-GB, piso 6
Bogotá, D.C., Colombia
Teléfono: 3394949, ext. 4819
<http://publicacionesfaciso.uniandes.edu.co>
publicacionesfaciso@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-774-239-8
ISBN e-book: 978-958-774-240-4
DOI: <http://dx.doi.org/10.7440/2015.76>

Corrección de estilo: Sebastián Montero Vallejo
Diagramación: Samanda Sabogal
Diseño de cubierta: Víctor Gómez

Impresión:
Editorial Kimpres S. A. S.
Calle 19 sur n.º 69C-17
Teléfono: 4136884
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Contenido

Prefacio a la segunda edición · ix

Introducción · 1

La modernización zarista y las revoluciones (1880-1921) · 19

El empuje de la modernización zarista · 23

Esplendor y ocaso del zarismo · 37

1917: el año de las revoluciones · 45

La guerra civil organiza el Estado y la sociedad · 76

Modernización vs. sistema soviético · 89

La nueva política económica: un proyecto modernizante · 89

Los fundamentos del sistema soviético · 102

Seguridad colectiva, Guerra Mundial y Guerra Fría.

La mundialización de la URSS · 127

¿Reformismo o modernización? · 145

Bipolaridad y lucha de tendencias · 161

Los desarrollos en clave subterránea · 171

Gorbachov, la desestatización y la desintegración de la URSS · 192

La Federación Rusa: sus principales dilemas · 203

Chechenia: guerra y pacificación · 215

La economía rusa en los noventa · 217

La nueva Rusia del siglo XXI · 224

La economía rusa en el nuevo siglo · 229

La Rusia del siglo XXI y el extranjero lejano y cercano · 233

Bibliografía · 243

Anexo · 251

Prefacio a la segunda edición

HACE DIEZ AÑOS finalicé la versión original de este libro. En ese entonces, un importante motivo me llevó a escribirlo: brotó de la circunstancia de que el nuevo contexto histórico, catalizado por una desaparecida Unión Soviética, sustituida por una Federación Rusa en proceso de consolidación y de democratización, había entrañado el fin de la censura, la proliferación de escritos y memorias anteriores inimaginables y la apertura de los archivos, vedados anteriormente para la totalidad de analistas soviéticos y extranjeros. Todo lo anterior debía permitir alcanzar un conocimiento de primera mano, más fidedigno, sobre muchas páginas de la historia de este gigantesco país, sobre las cuales tanto se especulaba, y más aún se divagaba, pero con la duda de cuánto se sabía realmente sobre ellas.

Hoy, a casi un cuarto de siglo de la implosión de aquel vasto imperio, el estado del conocimiento nos permite hacer un balance más ecuánime, realista, prospectivo y también menos entusiasta y apasionado en cuanto a las posibilidades de revisar la historia reciente. En un rápido recuento, se puede señalar que en los primeros años postsoviéticos, el acceso a esta inmensa masa documental se canalizó más por el lado de las emociones y, a veces, del éxito mediático que por la ampliación de las fronteras del conocimiento.

Ocurrió con mucha frecuencia que tendió a primar el interés y la intención por parte de un buen número de analistas, a los cuales se les dio muy buena prensa, de saldar cuentas con un pasado que aborrecían o con el cual era “políticamente correcto” cortar. En este sentido, no fueron pocos los polemistas, sobre todo en Occidente, aun cuando también los hubo en los antiguos países comunistas, que resolvieron aprovechar la apertura de los viejos archivos para ratificar viejos estereotipos, con el ánimo de llevar el pasado a un “tribunal de la historia” y juzgar lo ocurrido como un equívoco de dimensión descomunal⁶; otros prefirieron dedicar su energía a “desvelar” asuntos que comprometían la honorabilidad de personas particulares y obtener, de esa forma, importantes

6 Martin Malia, *La tragédie soviétique. Histoire du socialisme en Russie 1917-1991*, París, Seuil, 1995; Stéphane Courtois et al. *Le livre noir du communisme*, París, Robbert Laffont, 1998.

beneficios mediáticos y metálicos. Particular trascendencia tuvo la descontextualizada denuncia del pasado comunista del escritor checo Milan Kundera, a quien se le atribuyeron acciones como comisario político⁷, para sólo citar un caso tomado al azar.

Sin embargo, una vez que ha quedado atrás la vorágine de esa “euforia” inicial, cuando la denuncia dejó de interesar al gran público y se agotó la posibilidad de seguir exprimiendo la documentación con propósitos efectistas, las aguas empezaron a calmarse y se entró en un escenario en el que tiende a primar la preocupación por ampliar las fronteras del saber y prevalece la cordura para realizar un balance mesurado sobre el pasado, aun cuando todavía sean fuertes los estereotipos cuando se aborda el presente más inmediato.

De esta nueva textura del tiempo se deriva el propósito básico que nos ha llevado a acometer la reedición de este texto: se confirma que, si bien se dispone en la actualidad de una información más concreta en asuntos puntuales, como puede ser el conocimiento más preciso en torno al número de víctimas que ocasionó el fenómeno estalinista, con sus millones de desplazados, encarcelados y fusilados, o la participación de tal o cual alto funcionario en hechos aborrecibles, lo que más llama la atención es la constatación de lo mucho que de esta Rusia soviética y no soviética ya se sabía.

Sobre el particular, no puedo menos que suscribir las palabras del historiador inglés Tony Judt, cuando escribía: “De hecho, a la luz de la nueva información que ahora está siendo publicada y debatida, resulta sorprendente comprobar lo mucho que ya ‘sabíamos’”. La nueva documentación corrobora la historia que teníamos a nuestra disposición y no ha entrañado ninguna reescritura de la misma. Más bien, “El fracaso de algunos políticos (y académicos) occidentales en captar la naturaleza de la Guerra Fría, especialmente en sus primeros días, derivaba menos de una escasez de documentación que de una falta de imaginación”⁸.

Ocurre muchas veces que una buena historia requiere de información documental, de adecuadas metodologías, de un meticuloso análisis, pero, sobre todo, de una buena dosis de imaginación. Así lo reconocía hace ya un buen número de años el historiador George Duby, cuando señalaba que una de las cosas que más le gustaba de estudiar la Edad Media era la exigüedad de las fuentes, los cinco mil quinientos documentos con los que trabajó durante toda su vida académica, porque ello lo inducía a tener que desplegar constantemente la imaginación⁹.

7 “El insoportable pasado de Kundera”, en *El País*, España, 15 de octubre del 2008.

8 Tony Judt, *Cuando los hechos cambian*, Barcelona, Taurus, 2015, p. 80.

9 George Duby, *L'histoire continue*, París, Odile Jabot, 1991.

Algo similar nos ocurrió a quienes trabajábamos —desde la academia y no desde la política— sobre el comunismo del y en el siglo xx. Muchas páginas de esta historia fueron construidas con base en presupuestos, suposiciones, “indicios” —a la manera sugerida por Carlo Ginzburg¹⁰— e hipótesis, los cuales el conocimiento histórico posterior no haría más que corroborar. Las certidumbres —difíciles y laboriosamente construidas— muestran la robustez que alcanzaron las tendencias académicas de los estudios ruso-soviéticos (no así de la sovietología, que fue una mala variante de la escuela totalitaria), las cuales están detrás de las certezas presentes y pasadas.

Fue así como, después de meses de una inmersión sistemática en gran parte de la moderna literatura especializada en esta historia, llegué a la conclusión de que simplemente se debía reeditar y que no tenía ningún sentido volver a escribir aquel libro que se publicó una década atrás. Los nuevos trabajos disponibles le suman tan poco de nuevo a esta historia que el esfuerzo de reescritura habría sido en vano. Una mejor opción, por la que finalmente nos inclinamos, consistió en incluir aquellos pasajes que aportaban nueva información y enriquecían el análisis previo.

Lo que tiene el lector en sus manos es una reedición y no una reimpresión, porque en dos aspectos difiere del libro anterior. Por una parte, se incluyó un capítulo final que da cuenta de los años de gobierno del tandem Putin-Medvédev y de las conflictivas relaciones con Ucrania y con el llamado “extranjero cercano”, es decir, el antiguo espacio soviético. Por otra, para esta nueva versión conté con la estrecha colaboración de mis hijas Luciana, historiadora también ella, quien recientemente finalizó una Maestría en Historia en la Universidad de Florencia, Italia, y Daniela, estudiante de los programas de Filosofía e Historia en la Universidad de los Andes. Esta es, por lo tanto, una reedición actualizada en la cual los tres revisamos el texto original y escribimos nuevos apartes. El libro se lo dedicamos a Julieta —madre y esposa—, por el inmenso amor que nos prodiga, y a Antonella, quien, por sus múltiples ocupaciones académicas y profesionales, no pudo acompañarnos en esta aventura intelectual.

¹⁰ Carlo Ginzburg, *Mitos, emblemas e indicios: morfología e historia*, Barcelona, Gedisa, 2009.

Introducción

YA HAN TRANSCURRIDO más de dos décadas desde el momento en que, siendo un joven de poco más de veinte años, decidí dedicarme a estudiar los países del “socialismo real”. En ese entonces, esta escogencia temática obedecía a profundas convicciones. Se motivaba en el interés geoestratégico que representaban estos países y principalmente la Unión Soviética en el escenario internacional, la importancia que sus epígonos o detractores le asignaban a esta particular experiencia histórica, el interés que en mí despertaba el estudio de formas de modernización diferentes a la occidental y esa aureola de misterio que irradiaba esta sociedad por medio de su enigmática e imponente cultura. Esta indescriptible sensación la expresó de manera elegante el antiguo primer ministro británico Winston Churchill, cuando definió la URSS en un discurso radial en 1939 como “un acertijo envuelto en un halo de misterio dentro de un enigma”.

En esta escogencia temática también intervino mi propia experiencia personal. Luego del golpe de Estado en Chile, el fatídico 11 de septiembre de 1973, tuve que salir intempestivamente del país e inicié, de esa manera, un largo y enriquecedor recorrido por diversos países socialistas europeos. Tuve la fortuna, más aún siendo un joven que sentía especial predilección por el estudio de los temas del presente, de vivir en Berlín, capital, en ese entonces, de la hoy inexistente República Democrática Alemana; después en Praga, la bella y siempre recordada capital de la también difunta Checoslovaquia; y finalmente en Moscú, capital de la Unión Soviética, la superpotencia también desaparecida. Los ocho años que residí en esos países no sólo me familiarizaron con sus idiomas, historias y culturas, sino además con un conocimiento de primera mano de lo que era el socialismo real.

En ese entonces, no era muy consciente del inmenso capital de experiencias y conocimiento que casi sin darme cuenta había acumulado, hasta que, por esos azares de la vida, trabajé en Santiago de Chile como asistente de investigación de un profesor de la Universidad de Duke, Arturo Valenzuela, quien me sugirió optar a una beca para hacer un doctorado en Ciencia Política en la mencionada universidad, porque, a juicio de él, los estudios sobre los países socialistas

adolecían de grandes insuficiencias en los Estados Unidos: la mayoría de los estudiosos de esas realidades sociales no sólo desconocía esos países, e incluso no faltaban quienes los aborrecían, sino que no conocía sus idiomas, idiosincrasias y trayectorias históricas. Y en cada uno de estos campos yo disponía de una inmensa ventaja.

Comencé los preparativos del viaje, pero el destino me tenía reservada otra sorpresa. Antes de recibir este ofrecimiento académico, cuando todavía me encontraba en Moscú, había contraído matrimonio con quien en la actualidad sigue siendo mi esposa: Julieta es colombiana y mientras yo estaba temporalmente en Santiago, ella se encontraba con nuestra hija mayor en Bogotá. Vine a Colombia con la intención de preparar desde aquí nuestro viaje a Carolina del Norte. Estando en Bogotá, me enteré de que la Universidad Nacional de Colombia acababa de abrir un programa de Maestría en Historia y como me quedaba casi un año para viajar a Estados Unidos, decidí postularme a este programa, con tanta fortuna que fui seleccionado.

Organicé el plan de estudio en la Nacional de tal manera que la maestría me permitiera profundizar en mis conocimientos de historia y hacer, al mismo tiempo, un seguimiento sistemático de la extensa literatura que en los países occidentales se había producido sobre la Unión Soviética. Incluso, no sin ciertos tropiezos de tipo académico-burocrático, logré proponer como tema de tesis un estudio sobre el papel del marxismo en la formación del Estado bolchevique, entre los años 1917 y 1923. Debo reconocer a la distancia que este no era un tema que me cautivara de manera especial, pero, por encontrarme inscrito en un programa académico en Historia, sus directivas me exigían que el trabajo de grado se fundamentara en fuentes primarias. Como los archivos soviéticos no sólo se encontraban distantes, sino completamente cerrados para los investigadores soviéticos y extranjeros, ubiqué un tema que pudiera construirse a partir de fuentes primarias, las cuales se encontraban publicadas en su casi totalidad. Para el desarrollo de este tema de investigación, mis fuentes fueron las obras de los principales dirigentes bolcheviques (Lenin, Trotski, Bujarin, Stalin y Preobrazhensky, entre otros), trabajos, en ese entonces, de fácil consecución en los puestos de libreros de la avenida 19.

Digamos de pasada que finalmente nunca realicé el viaje a la Universidad de Duke, porque me encontraba tan embelesado con el programa de estudio en la Universidad Nacional y con las amplias facilidades de que disponía para profundizar en mi conocimiento sobre la Unión Soviética (en 1986, no sin ciertas dificultades, abrí la primera cátedra sobre la historia de la Unión Soviética en la Universidad de los Andes y publiqué mis primeros artículos sobre la coyuntura y la historia de ese país) que aplacé reiteradamente el viaje hasta que la vida me deparó una nueva sorpresa.

Corría el año de 1987 y la situación política en Colombia se deterioraba de día en día. Se asistía a asesinatos sistemáticos de dirigentes y militantes de

la Unión Patriótica. Y, en ese río revuelto de la desquiciada violencia, yo, que no tenía ninguna filiación partidaria ni la menor intención de inclinarme por alguna de las opciones políticas colombianas, porque mis preocupaciones e intereses eran de naturaleza exclusivamente académica, quedé envuelto en la vorágine, ya que trabajaba sobre un tema que permitía que algunos me asociaran con determinadas posiciones políticas. Las amenazas comenzaron a llegar de diferentes lados: para unos, me encontraba haciendo proselitismo político entre los hijos de la “élite” por medio de la cátedra universitaria, mientras que, para otros, mis publicaciones constituían una traición a los “genuinos” ideales del socialismo. En conclusión tuve, como muchos colombianos, que abandonar intempestivamente el país con mi familia y después de una travesía por varios países europeos, aterricé en la Universidad Católica de Lovaina, institución que me abrió sus puertas para hacer un Doctorado en Ciencia Política, en el área de las relaciones internacionales.

Como llevaba varios años dedicado a los estudios soviéticos, propuse como tema para mi investigación doctoral el lugar de América Latina en la política internacional de la Unión Soviética en la década de los ochenta. La propuesta fue del agrado de la comisión doctoral. Claro que no puedo dejar de comentar la sorpresa que en los miembros de la mencionada comisión despertaba el hecho de que un chileno, con pasaporte italiano, venido de Colombia, se propusiera investigar sobre el coloso euroasiático, tema que, por lo general, estaba reservado a los investigadores de las naciones industrializadas.

Pero dos circunstancias jugaron a mi favor: primero, en esos años, el experimento gorbachoviano despertaba todo tipo de emociones en el mundo entero y estudiar la URSS se había convertido en una necesidad académica de primer orden, más aún cuando las reformas emprendidas en la URSS estaban sacudiendo los débiles cimientos sobre los que se había levantado buena parte de la literatura especializada. Segundo, como fiel seguidor de la corriente historiográfica de los *Annales*, conocía la importancia que incluso en la academia tiene la puesta en marcha de una buena estrategia. A la sustentación de mi proyecto de tesis llegué con un par de hojas que contenían las ideas principales de la investigación propuesta y el *Pravda*. El entonces afamado periódico soviético lo puse sobre el escritorio, en un lugar visible para mis evaluadores. Cuando percibí que posaban su mirada sobre el periódico, comprendí que la partida ya estaba ganada. Desconozco qué ideas pasaron por sus mentes, pero de una cosa sí estoy seguro: el periódico creó un clima de igualdad entre entrevistadores y entrevistado. Más aún: con el periódico transmití el mensaje de que me encontraba al tanto de lo que acontecía en la URSS, lo cual, de más está decir, era una gran verdad.

Los tres años que permanecí en Bélgica fueron un intenso período en el que pude concentrarme de tiempo completo en los estudios soviéticos. Me beneficié

del clima gorbachoviano entonces existente, de la calidad de las publicaciones que en esos años vieron la luz, de la intensidad y la sofisticación de los debates sobre el socialismo real y sus experiencias históricas y de un acceso casi ilimitado a información de primera mano. Al finalizar el programa de estudios, el destino —una vez más el sempiterno azar— me trajo de nuevo a Colombia, donde he tenido la oportunidad de proseguir con mis actividades académicas e intelectuales, siendo Rusia uno de mis temas más recurrentes.

Han pasado diez años desde cuando publiqué mi último libro dedicado a los antiguos países del socialismo real⁶ y cinco desde que edité un par de compilaciones⁷ que trataban sobre este mismo tema. En el transcurso de esta década, no obstante el hecho de haber concentrado mi atención investigativa en problemas internacionales de otra índole (la globalización, el sistema internacional contemporáneo y la integración europea, entre otros), siempre he procurado mantenerme al tanto de la evolución de estos países y, por ello, en las universidades Nacional y de los Andes, he mantenido permanentemente cátedras sobre Rusia y la Europa Centro-Oriental, y siempre que ha estado dentro de mis posibilidades he procurado escribir y participar en eventos sobre distintos aspectos de la historia o de la realidad contemporánea de estos países.

Como comprenderá el lector, el libro que tiene en sus manos es una parte sustancial de mi propia biografía intelectual, razón por la cual en el presente escrito me apoyo en algunos trabajos anteriormente publicados pero también en una serie de manuscritos todavía sin publicar que he acumulado a lo largo de estos años. Hoy por hoy, puedo afirmar que, directa o indirectamente, este tema ha sido un fiel compañero de ruta que me ha acompañado por más de treinta años. Sin embargo, en los últimos meses, he sentido la necesidad de renegociar mi relación con este estudio, el cual, debo confesarlo, me formó como científico social, con todos los defectos y virtudes de los que me he hecho portador.

Al ser parte de mi biografía, siento que mantengo con esta área una gran deuda intelectual. Pero, a la fecha, persiste una tarea que aún no he acometido: hacer una exposición sintética de lo que significó esta experiencia histórica. Por este motivo, he hecho un alto en el camino en mis trabajos sobre la globalización y el sistema mundial contemporáneo, y me he propuesto escribir un texto que sirva de guía explicativa del sentido y el desarrollo de la historia rusa a lo largo del siglo xx. En la actualidad, la necesidad de llevar a cabo esta tarea se ha tornado más acuciante. Y ello por varias razones.

⁶ Hugo Fazio Vengoa, *Después del comunismo. La difícil transición en la Europa Centro Oriental*, Bogotá, IEPRI-Tercer Mundo Editores, 1994.

⁷ Hugo Fazio Vengoa y Joanna Nowicki, *La crisis de los referentes y la reconstrucción de las identidades en Europa*, Bogotá, Iepri-Siglo del Hombre Editores, 1999. Hugo Fazio Vengoa y William Ramírez, *10 años después del muro. Visiones desde Europa y América Latina*, Bogotá, Iepri-Fescol-Uniandes, 2000.

Primero, por el conocimiento que he adquirido sobre este país, el cual me ha permitido elaborar algunas tesis, las cuales, a mi modo de ver, son fundamentales para descifrar las claves y el sentido de lo que ha sido el desarrollo histórico de Rusia. Al respecto no está demás señalar que, no obstante el lapso temporal que nos separa de la desaparición de la antigua URSS, todavía buena parte de la literatura especializada sigue interpretando la historia ruso-soviética de acuerdo con ciertos cánones interpretativos surgidos en el contexto ideológico de la Guerra Fría y no ha logrado dar cuenta del significado histórico que tuvo esta experiencia. La misma idea ha sido expuesta por uno de los más connotados especialistas sobre la realidad soviética, el historiador Moshé Lewin, quien hace algunos años escribió:

En el campo de los estudios soviéticos no sería banal una buena *Perestroika* de nuestras ideas: hemos descrito muy justamente un sistema atacado por el inmovilismo, con la mayor parte de sus funciones debilitadas, con una ideología hecha trizas, con una administración congestionada y profundamente corrupta y con una economía rayando en la caricatura; pero mantuvimos la tendencia a ignorar la fuerza de un dinamismo presente o en emergencia; no pudimos prever este extraordinario esfuerzo —del interior y de arriba de la jerarquía—, para vigorizar un sistema aparentemente moribundo, incluso cuando se produjo con un apoyo limitado de diferentes capas de la sociedad y de la burocracia⁸.

Para llevar a cabo esta *Perestroika* (reestructuración) académica se deben atacar dos flaquezas en las que, por desgracia, sigue incurriendo buena parte de los estudios rusos y soviéticos. Por una parte, en la actualidad, y quizá con un énfasis mayor que el que existía antes, por las pretensiones reinterpretativas que han experimentado los mismos académicos rusos, se sigue analizando esta experiencia histórica de acuerdo con ciertos cánones que se desprenden de la trayectoria histórica de Occidente. En las grandes obras de síntesis sobre la Rusia actual, numerosos estudiosos se empeñan en recurrir a análisis binarios en términos de oposición (democracia y autoritarismo, planificación y mercado), sin que exista la menor preocupación por intentar comprender la singularidad del recorrido histórico de este inmenso país.

Buena parte de las nociones que habitualmente se emplean para hacer un análisis de Rusia o de la Unión Soviética siguen, de una u otra manera, situándose dentro del esquema ideológico de la tristemente célebre escuela totalitaria, pero recurrentemente se olvida que el totalitarismo es un concepto que

⁸ Moshé Lewin, *La grande mutation soviétique*, París, La Découverte, 1989, pp. 12-13.

produce más emociones que explicaciones⁹ y, además, como señaló Robert Service, es un término que no sirve para “encapsular las contradicciones existentes en esta realidad extremadamente horrible y disciplinada, pero también extremadamente caótica”¹⁰. Hace algunos meses volvimos a ser testigos de la perdurabilidad de este esquema de interpretación con la repetición de las elecciones presidenciales en Ucrania, cuyos contendores fueron presentados por los medios de comunicación internacionales como la competición entre un candidato democrática, cercano a Occidente y progresista, y otro autoritario, prorruso y oscurantista.

De otra parte, las valoraciones sobre esta historia se acometen por regla general desvinculadas de los ritmos, las intensidades y los grandes contextos de la política mundial, razón por la cual no siempre se han podido comprender a cabalidad algunas de las vicisitudes y los giros históricos que experimentó este inmenso país. Ha sido larga, por ejemplo, la tradición de considerar la política internacional de Rusia como una proyección hacia el exterior de intereses históricos del Estado ruso y soviético o como una expresión de proposiciones e intereses ideológicos, que habrían tenido su razón de ser en una determinada interpretación del marxismo oficializado. La política internacional de Rusia y de la Unión Soviética era interpretada como un elemento que durante el tiempo se mantenía inalterado, es decir, como si la vastedad de su territorio o la autarquía del Estado soviético la hicieran invulnerable a los cambios que se producían en la vida internacional y a las transformaciones, oposiciones y contradicciones que existían dentro de la sociedad.

Muchas veces se olvida con suma facilidad que la historia soviética constituyó un elemento central del dramático siglo XX, y que ni esta centuria ni esta historia en particular pueden ser *decodificados* a menos que se comprenda el papel que este país desempeñó en las grandes páginas de estos más de cien años. El impacto de los acontecimientos mundiales sobre Rusia fue constante y pesó muy fuerte sobre su desarrollo. Lo mismo puede decirse en el sentido inverso: no se puede entender la mayor parte de las páginas de la historia mundial si excluimos a Rusia o la URSS de su explicación¹¹. Esta conjunción de la trayectoria nacional con la política mundial no puede ser analizada mecánicamente. Muchas veces opera en forma de réplicas no controladas, como reacciones y no como secuencias. Sólo así podemos entender a Eric Hobsbawm,

⁹ O, como sostuviera recientemente Enzo Traverso, “el totalitarismo es un modelo abstracto que, a menudo, se corresponde más con las fantasías literarias de George Orwell que con el funcionamiento real de los régimes fascistas o comunistas”. Enzo Traverso, *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 202.

¹⁰ Robert Service, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 242.

¹¹ Véase Giuliano Procacci, *Historia general del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2001.

cuando sostenía: “En suma, la historia del siglo xx no puede comprenderse sin la revolución rusa y sus repercusiones directas e indirectas. Una de las razones de peso es que salvó al capitalismo liberal, al permitir que Occidente derrotara a la Alemania de Hitler en la Segunda Guerra Mundial y al dar un incentivo al capitalismo para reformarse y para abandonar la ortodoxia del libre mercado”¹².

El énfasis que le ponemos en este trabajo a la interpenetración de la historia rusa y soviética con la historia mundial obedece a dos tipos de consideraciones: por una parte, este país jugó en las “ligas mayores” de la historia mundial y, en ese sentido, muchas de sus acciones y situaciones obedecieron a esta compleja —deseada o indeseada, pero inevitable— interrelación. Por otra parte, a diferencia, por ejemplo, de Estados Unidos, la Unión Soviética, aunque lo pretendió, casi nunca pudo asumir la direccionalidad y el sentido de la historia mundial y, por ello, los desajustes que se presentaban entre ambos entramados fueron más fuertes en este caso que en el primero. Esta disimilitud se puede extender también a las formas de ejercicio del poder. Mientras la Unión Soviética desplegó una voluntad globalizante pero no supo trascender una concepción clásica, territorial y político militar del poderío, “Estados Unidos desplegaba una capacidad desterritorializada, sistémica, alimentada de relaciones informales que daban origen a un juego de redes”¹³. No fue una simple casualidad que, en medio del despliegue de una intensificada globalización, la Guerra Fría culminara con el triunfo del segundo y la desintegración de la primera.

Fue, quizá, tan fuerte la compenetración del siglo xx con la historia soviética que no resulta descabellado pensar que a la vuelta de algunas décadas, o siglos inclusive, cuando se vuelva a escribir una historia general de la humanidad, los historiadores definan el siglo xx como el siglo del comunismo, porque este fue el acontecimiento más original y característico de estas décadas y porque permeó todo este período, de comienzo a fin¹⁴. No está de más recordar que el historiador británico Eric Hobsbawm, en su magistral obra antes citada, definió el xx como “el siglo breve”, pues se habría iniciado tardíamente (1914) y culminado apresuradamente (1989), junto con el fin del comunismo.

La historia rusa del siglo xx es parte sustancial de la biografía de millones de personas en todo el mundo, y en particular de mi generación. Incluso no es del todo aventurado sostener que tampoco es una historia remota para las generaciones más jóvenes. El interés que en ellas esta experiencia aún

¹² Eric Hobsbawm, *Historia del siglo xx*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 91.

¹³ Bertrand Badie, “De la souveraineté à la capacité de l’Etat”, en Marie-Claude Smouth, *Les nouvelles relations internationales. Pratiques et théories*, París, Presses de Science Po, 1998, pp. 48-49.

¹⁴ Jean-Jacques Becker, “Marxisme et communisme dans l’histoire récente”, en A. Chauveau y Ph. Tétart, *Questions à l’histoire des temps présents*, Bruselas, Complexes, 1992, pp. 66.

despierta se debe a que para las nuevas generaciones también es una forma de presente, un “recién ocurrido” que las vincula con las generaciones mayores, un período que se inició a partir del derrumbe de un mundo por el impacto de la Revolución Rusa de 1917, un presente que se mantiene latente y que les permite entender importantes coordenadas de la época que les ha sido legada, un presente que les sugiere indicios del mundo que en la última década del siglo xx ha debutado. He podido percibir de primera mano esta actitud interesada gracias a la masiva inscripción de estudiantes en los cursos que he impartido sobre la materia. Ello me permite sostener que, no obstante la desintegración de la vieja superpotencia, la experiencia soviética no es una historia “clausurada”, sino que mantiene una vinculación con el presente, de la cual podemos extraer elementos e inferir características que nos permiten hacer más inteligible la sociedad que nos ha correspondido vivir.

Aun cuando lo ruso-soviético mantenga una relación simbiótica con nuestro presente, el texto que el lector tiene en sus manos es un trabajo eminentemente histórico. La historia recorre este libro como un hilo oscuro, hilvanando interpretaciones y explicaciones. Con ello no queremos decir que nuestro hilo argumentativo consista en “dar cuenta de lo que realmente sucedió”, como pretendía el historiador prusiano Leopold von Ranke, ni que sea una mera recopilación de acontecimientos y situaciones, inscritos en su secuencia cronológica. Es más, de modo deliberado, algunos momentos de esta historia han sido pasados por alto. La historia rusa tiene una compleja textura, innumerables pliegues y cualquier intento de ser exhaustivo en la información histórica convertiría este texto en una edición con varios volúmenes.

Nuestro propósito es mucho más ambicioso, pero mucho más simple en su exposición. Somos de la opinión de que la historia no es simplemente una herramienta o un conjunto de técnicas, sino un complejo enfoque para aproximarse al discernimiento de la realidad social tanto pasada como presente. En otras palabras, la historia no es una simple recopilación y organización de información, sino un proceder intelectual útil para la elaboración y la verificación empírica de ideas e interpretaciones. Para nosotros, la historia no consiste en dar cuenta de los acontecimientos e ilustrar el papel desempeñado por ciertas personalidades u organizaciones, sino en interpretar, explicar y representar narrativamente un encadenamiento de momentos, situaciones y personajes.

La disciplina de la historia debe estudiar los acontecimientos, debe situar a las personas y los hechos en sus contextos y analizar sus acciones. Como señalan Getty y Naumov:

Para ello es necesario descubrir cómo interpretaban su entorno los agentes históricos e interactuaban con él. Hay que tratar de comprender el sistema social, político y económico en el que vivió y trabajó el

pueblo de la Unión Soviética [...], así como los antecedentes, las experiencias, las ideas preconcebidas y las creencias que aportaron esas gentes a la política¹⁵.

Nuestro enfoque, por tanto, se inscribe dentro de esta perspectiva y por ello nuestro propósito ha sido procurar presentar los encadenamientos que explican la trayectoria histórica de Rusia en el siglo xx, sin saturar al lector con una abigarrada información. Para un conocimiento más exhaustivo de las variadas *petites histories*, recomendamos el libro de Robert Service antes citado, excelente obra que abunda en ideas, análisis e información.

Uno de los procedimientos centrales de la operación histórica consiste en hacer del tiempo un vector explicativo en el análisis social. Esta dimensión temporal en la elaboración del análisis histórico ha de entenderse de la siguiente manera: las trayectorias históricas deben situarse en su propia historicidad. A nuestro modo de ver, uno de las mayores insuficiencias de la extensa literatura que en Occidente se ha producido sobre Rusia consiste en que, por regla general, estos análisis se encuentran descontextualizados del acontecer de la sociedad objeto de análisis. Desde hace algunos años hemos sostenido que una aproximación válida para repensar esta historia en su propia duración consiste en desarrollar una interpretación de estos procesos en su particular *historicidad*, es decir, dentro de un esquema interpretativo en el cual la sociedad rusa o soviética no constituye una instancia atomizada por la política, la omnipresencia de las élites y las instituciones, sino como un poderoso factor que ha marcado y definido el curso de los acontecimientos y en particular la evolución a largo plazo del sistema económico, político, social y cultural.

En este sentido, pensamos que una de las mayores dificultades a las cuales debe enfrentarse cualquier investigador que deseé ahondar en la comprensión de Rusia es que hasta la fecha se ha desarrollado un aparato conceptual y un marco de interpretación de los procesos globales sobre la base de lo que ha sido o, mejor dicho, lo que hemos creído que ha sido la experiencia occidental. En lo que a esto respecta, Rusia y la Unión Soviética han sido sociedades con unas morfologías sociales, tradiciones, culturas, formas de solidaridad y tipos de organización de la política distintos de la experiencia occidental. Un buen testimonio de esto fueron las dificultades que enfrentó el mismo Karl Marx para responder a la carta de la populista rusa Vera Sazúlich, en la cual esta le solicitaba que aportara una interpretación más precisa sobre la aplicabilidad del marxismo y su teoría del capitalismo a la realidad de su país. Después de

¹⁵ J. Arch Getty y Oleg Naumov, *La lógica del terror. Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 30.

meditar largamente sobre el asunto (Marx elaboró varios borradores de la carta), finalmente le respondió que su teoría era válida únicamente para la experiencia occidental.

Reivindicar la *historicidad*, es decir, el análisis del desarrollo soviético a la luz de las características propias de esta sociedad, comporta una doble función académica. La primera consiste en que permite una aproximación mayor y más profunda a cómo se tejió el sistema soviético y suministra herramientas analíticas para comprender esta experiencia en relación con lo que han sido otros sistemas de desarrollo alternativos al capitalismo. La segunda radica en el hecho de que un análisis en términos de historicidad nos acerca a la comprensión de cuáles son los elementos propios, particulares, de Rusia y de la Unión Soviética, para distinguirlos de los elementos generales en relación con los desarrollos alternativos, además de proporcionar numerosos indicios que permiten trascender la visión “unilineal” y metahistórica del desarrollo de la humanidad, a la que la historia occidental nos ha acostumbrado¹⁶.

La historia rusa y soviética en el transcurso de los últimos ciento y tantos años debe interpretarse desde una óptica de análisis que tenga en cuenta los elementos propios de esta sociedad y su posición frente a la modernización occidental. El experimento social en cuestión fue, como sostuviera Moshé Lewin, una revolución plebeya, prima lejana de la sociedad socialista¹⁷.

La experiencia soviética solamente puede ser aprehendida dentro de esta contextualización mayor. Tanto las revoluciones como las otras grandes transformaciones que han sacudido la historia de este país han sido respuestas diferenciadas a la introducción de esta racionalidad modernizadora, y siempre ha estado presente la idea de cómo encontrar una adecuación societal de Rusia a los requerimientos del mundo moderno.

La dimensión temporal de la historia debe también ser interpretada siguiendo los preceptos analíticos de Braudel, quien desarrolló dos ideas muy pertinentes para dar cuenta de la historicidad de la experiencia rusa. La primera la presentó desnudamente el historiador galo cuando aseveró: “Las civilizaciones sobreviven a las commociones políticas, sociales, económicas, incluso ideológicas que, además, ellas dirigen insidiosamente, a veces poderosamente. La Revolución Francesa no fue una ruptura total en el destino de la civilización francesa, ni la revolución de 1917 en la de la civilización rusa...”¹⁸.

16 Diego Olsstein, *Thinking History Globally*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2015.

17 Christer Puriainen, “A Short History of Catching up”, en Christer Puriainen, *At the Cross Roads of Post-Comunist Modernisation. Russia and China in Comparative Perspective*, Palgrave, MacMillan, 2012; Véase también Johann P. Arnason, “Entangled Communism: Imperial Revolution in Russia and China”, en *European Journal of Social Theory*, n.º 6, 2003.

18 Fernand Braudel, *Ecrits sur l'histoire*, París, Gallimard, 1989, p. 303.

De esta tesis podemos inferir que no se debe ni se puede seguir interpretando la historia ruso-soviética como una ruptura o como un conjunto de radicales cambios, como el nacimiento de un entramado totalmente nuevo, tal como lo sugerían las populares narraciones escritas por John Reed¹⁹ y Víctor Serge²⁰, y toda una gran tradición de izquierda en los estudios rusos, sino como una convivencia dialéctica entre transformación (la transmutación de lo nuevo) y permanencia (pervivencia de lo antiguo, es decir, de elementos civilizatorios). Como tendremos ocasión de analizar en profundidad a lo largo de este libro, los elementos de permanencia se expresan poderosamente y se conjugan con los de cambio, incluso en los momentos en que se exacerbó la transformación social, como efectivamente ocurrió durante la Revolución de Octubre, los años iniciales del estalinismo o durante el reformismo gorbachoviano.

Pero, renovando la tesis de Braudel, consideramos que esta relación dialéctica también debe visualizarse desde una perspectiva mayor que enlace las permanencias y los cambios diacrónicos con los sincrónicos. Para ello se requiere conjugar lógicas interpretativas transdisciplinares, porque mientras los historiadores son más proclives a realizar análisis en términos de más largas duraciones, los estudiosos de la ciencia política y de las relaciones internacionales destacan las rupturas e inflexiones nacionales y del sistema mundial, y los comparatistas interpretan las distintas situaciones dentro de una perspectiva que da cuenta de los elementos de semejanza y diferencia de las sociedades. Estos enfoques son válidos, pero se debe procurar trascenderlos, porque lo que en realidad ha tenido lugar a lo largo del siglo xx es que la aceleración de los cambios internacionales y el desarrollo de los procesos de globalización han transformado las temporalidades políticas de las sociedades, así como la misma dinámica temporal del mundo en su conjunto²¹, razón por la cual estas disímiles trayectorias convergen y en ocasiones se sobreponen o colisionan. Esta perspectiva es muy importante para entender el desarrollo histórico ruso y soviético, pues al ser esta una “historia mayor del siglo xx” no se puede deslindar su trayectoria de la del mundo en su conjunto. Rusia constituye un elemento de interioridad del mundo y el entramado de este último representa un componente de la singular trayectoria histórica de este país.

Debemos tener igualmente en cuenta que la temporalidad mundial no ha sido uniforme ni ha seguido una secuencia lineal, por lo que la imbricación de Rusia y la Unión Soviética en la historia general debe ceñirse a ciertos parámetros cambiantes en el tiempo y en su densidad espacial. Sucintamente,

19 John Reed, *Diez días que estremecieron el mundo*, Madrid, Akal, 1983.

20 Víctor Serge, *El año I de la Revolución Rusa*, Madrid, Siglo xxi, 1972.

21 Zaki Laïdi, “Le temps mondial”, en Marie-Claude Smouth, *op. cit.*

el desenvolvimiento cualitativo de la historia general se puede esbozar en los siguientes términos. Mientras la legendaria historia universal era una historia de lugares, regiones o países en donde lo *universal* aludía a la pretensión de un determinado pueblo o región a pensar el esquema evolutivo de acuerdo con sus propios cánones de lo que debía ser el desarrollo, para lo cual recurrían a contraposiciones como atraso y progreso, bárbaro (periferia espacial) o primitivo (atraso temporal) y civilizado, la historia mundial apuntaba a una forma particular de compenetración del mundo de acuerdo con la organización que le proporcionaban los grandes imperios, los cuales regulaban el orden interno de su respectiva zona de influencia (producción, formas de gobierno, movilidad), reduciéndose lo internacional a la gama de vínculos de competencia y colaboración entre las respectivas metrópolis. El escenario que impera en nuestro presente más inmediato, y que se forjó a lo largo del siglo xx, es el de una historia global, entendida esta como un alto nivel de compenetración del mundo en el que se acentúan las diversas trayectorias de modernidad, las cuales, por medio de los intersticios globalizantes, entran en sincronía, encadenamientos y resonancias.

Tres conceptos ayudan a entender la radicalidad de los cambios que se han presentado en la historia general del siglo xx y los inicios del xxi. El primero es la sincronicidad, el cual no constituye sinónimo de la simultaneidad y que constituye una dimensión de tiempo y de espacio, una experiencia de conexión de naturaleza relacional. O, para decirlo en palabras de Milton Santos, alude a “una confluencia de los diversos momentos como respuesta a aquello que desde el punto de vista de la física se llama tiempo real y desde el punto de vista de la historia será llamado interdependencia y solidaridad del acontecer”²².

El segundo es la resonancia, la cual establece enlaces diferenciados entre los distintos acontecimientos o situaciones. La resonancia produce nuevas formas de complementariedad, interdependencia e interacción. La resonancia y la desigual reproducción de sus expresiones no siguen una pauta de tipo coherencia sistémica, razón por la cual identificamos esta historia global con un proceso, mas no con un ordenamiento sistémico.

Por último, el encadenamiento alude a situaciones de convergencias de trayectorias que se compenetran pero que no se ubican dentro de una secuencia lineal. Al respecto, Zaki Laïdi hace algunos años escribía:

Los análisis geoestratégicos privilegian naturalmente el fin de la guerra fría como punto de ruptura o como una nueva determinación del tiempo. Los geoeconomistas ponen, por el contrario, el acento en el de-

²² Milton Santos, *Por otra globalización. Del pensamiento único a la conciencia universal*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2004, p. 26.

sarrollo de la globalización económica y financiera. Pero, independientemente de la elección que se realice, es inútil querer explicar el fin de la guerra fría por la aceleración de la globalización, o pensar la aceleración de la globalización como una consecuencia del fin de la guerra fría. Lo que, por el contrario, es decisivo es saber y comprender como estos dos procesos se encadenan y responden para extraer una nueva síntesis, una nueva problemática. El encadenamiento permite comprender la simultaneidad de los acontecimientos, ampliar las interpretaciones. El encadenamiento enriquece lo que la causalidad empobrece²³.

En otras palabras, la dialéctica de la permanencia y el cambio, en Rusia, debe representarse como una expresión de historia global, que conjuga y encadena distintas temporalidades. Fue así como las tres revoluciones rusas de inicios de siglo se desplegaron en medio de una época de derrumbe de la civilización decimonónica, que en buena medida las explica y trasciende. Pero estas revoluciones también supusieron, al mismo tiempo, el inicio de un nuevo capítulo, el “breve siglo xx”, el cual catalizaron y caracterizaron.

La segunda sugestiva idea braudeliana, especialmente apropiada para este trabajo, guarda relación con su tesis de que en la historia convive una pluralidad de duraciones. El tiempo no es unilineal ni mensurable cronológicamente. Existen tres grandes duraciones, y cada una de las cuales refiere a una esfera particular: el tiempo largo o la “historia casi inmóvil”²⁴, la historia lenta —que corresponde a la economía y la sociedad—, y finalmente el tiempo corto, inherente a las transformaciones que se producen en la vida pública. Esta revolucionaria tesis braudeliana ha tenido el gran mérito de permitir a los historiadores trascender la concepción newtoniana del tiempo y renovar la visión que se tiene sobre el espacio. Conviene recordar que para Newton el espacio era un recipiente vacío independiente de los fenómenos físicos que ocurrían en su interior. “El espacio absoluto por naturaleza sin relación a nada externo, permanece siempre igual a sí mismo e inmóvil”. Todos los cambios que se efectuaban en el mundo físico se describían en términos de una dimensión separada y el tiempo no guardaba relación alguna con el mundo material, fluyendo uniformemente desde el pasado hasta el futuro, pasando por el presente. “El tiempo absoluto, verdadero y matemático, de suyo, y por su propia naturaleza, fluye uniformemente sin relación con nada externo”²⁵.

²³ Zaki Laïdi, *op. cit.*, p. 195.

²⁴ Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen a l'époque de Philippe II*, París, Armand Colin, 1966, t. 1, p. 16.

²⁵ Fritjof Capra, *El punto crucial. Ciencia, sociedad y cultura naciente*, Buenos Aires, Estaciones, 1992, pp. 68-69.

No obstante, el tiempo, como enseñaba Braudel, es múltiple, se descompone en variadas duraciones y cuando se acomete el estudio de la experiencia de un país, sobre todo de uno de dimensiones tan amplias como Rusia, es tanto más plural porque alude a la coexistencia de una amplia gama de realidades temporales, las cuales en determinadas coyunturas se aceleran y en otras se ralentizan.

A diferencia de aquellos períodos en los cuales el ritmo del cambio es lento, en los períodos de grandes crisis, los estratos sociales y los fenómenos pertenecientes a diferentes épocas chocan violentamente y no dejan, en la mayor de las confusiones, de modelar y remodelar los comportamientos políticos y las instituciones²⁶.

El reconocimiento de esta pluralidad de temporalidades es lo que nos lleva en este trabajo a acometer una interpretación más próxima a una sociología histórica que a una historia en el sentido que corrientemente se le asigna al término, porque debemos esclarecer los variados entrecruzamientos que se presentan entre los tiempos locales, regionales, nacionales y mundiales.

Esta pluralidad y espesura de temporalidades es la que permite entender cuatro elementos que desempeñan un papel central en cualquier intento de decodificar el “sentido” de la historia rusa. El primero consiste en que, cuando se observa esta historia desde una perspectiva de larga duración, se constata que Rusia es un país cuyos líderes, por ejemplo, han sido una expresión de la manera como se cristalizan determinados referentes de sociedad. Existe una línea de continuidad entre Putin, Yeltsin, Stalin y los zares mayor a las diferencias programáticas en las que sus actividades se desplegaron. Se observa, por tanto, la existencia de un “tiempo” civilizatorio que reproduce elementos de permanencia.

El segundo radica en que a partir de esta dialéctica de las duraciones se puede explicar el papel preponderante que le ha correspondido al Estado en la organización de la sociedad. “El papel del Estado en el desarrollo es un asunto crucial porque era una sociedad carente de cohesión entre las diferentes clases sociales, las cuales desde un punto de vista geográfico vivían en un mismo territorio, pero económica, social y culturalmente, vivían en siglos diferentes”²⁷. El estalinismo se convirtió en este plano en un importante punto de inflexión, en la medida que supuso una convergencia de estos distintos universos culturales en torno a un patrón común. La modernidad soviética que sobresale con

²⁶ Moshé Lewin, *Le siècle soviétique*, París, Fayard-Le Monde Diplomatique, 2003, p. 345.

²⁷ *Ibid.*, p. 371.

fuerza en la década de los cincuenta es tributaria de esta realidad y fue lo que permitió que la Unión Soviética comenzara a sincronizarse con la temporalidad propia de un mundo en proceso de globalización.

El tercer elemento guarda relación con la modalidad de modernidad propia de Rusia. Siguiendo a Therborn, se pueden distinguir cuatro rutas hacia la modernidad. La primera, propia de Europa occidental, se articuló en torno a una distinción entre fuerzas en favor y en contra de la modernidad, a favor del progreso o de las costumbres, a favor de la razón o a favor de la sabiduría de los antepasados y de los textos antiguos. En el Viejo Continente, ambas fuerzas fueron internas, endógenas, y “esto llevó al particular patrón europeo de revoluciones internas, de guerra civil y de elaborados ismos doctrinarios, que van desde el legitimicismo, y el absolutismo hasta el socialismo y el comunismo, vía el nacionalismo, el ultramontanismo y el liberalismo”²⁸. Otro camino fue el que caracterizó al continente americano y en el que un papel tan importante le correspondió a las migraciones europeas. En este caso, los que se oponían a la modernidad se encontraban sobre todo del otro lado del océano. Una tercera ruta hacia y a través de la modernidad fue la de la zona colonial, a la cual “la modernidad llegó desde fuera, literalmente a punta de cañón, mientras que la resistencia a la modernidad fue doméstica y aplastada”²⁹. Por último, había un grupo de países de modernización inducida externamente, desafiada y amenazada por las nuevas potencias imperiales de Europa y Estados Unidos, en los que parte de la élite gobernante importó rasgos de las amenazantes organizaciones políticas para impedir el sometimiento colonial.

Como señala Thernborn, las cuatro rutas son en realidad pasajes a la modernidad existentes históricamente, sintetizados en diferentes momentos cruciales: las revoluciones Francesa e Industrial, la independencia del continente americano, la típica doble experiencia colonial de la conquista de Bengala y la independencia de la India, y, en cuarto lugar, la restauración Meiji japonesa. La *singularidad* de Rusia consistió en que a partir de Pedro el Grande, el vasto imperio reprodujo elementos de la cuarta ruta, pero inscritos dentro de la primera³⁰.

Por último, y por paradójico que pueda parecer, un análisis en términos de duraciones permite hilar de manera diferente la compleja historia soviética. Los sucesivos giros y reorientaciones de la política soviética han sido la expresión, no de deseos individualizados en personas específicas que se han encontrado en distintos momentos en las altas esferas del poder de la Unión

²⁸ Göran Therborn, *Europa hacia el siglo XXI*, México, Siglo XXI, 2000, pp. 11-13

²⁹ *Idem*.

³⁰ *Idem*.

Soviética, como lo ha pretendido ver una importante corriente de interpretación desarrollada en Occidente, sino de procesos mayores en los cuales se enfrentaron propuestas alternativas de desarrollo de clases y grupos sociales diversos.

Ha sido precisamente el juego que se estableció entre determinados actores sociales lo que terminó definiendo cuáles debían ser las orientaciones del desarrollo económico, así como la calidad de los proyectos sociales, políticos, culturales e ideológicos que dicho modelo de desarrollo tenía que poner en funcionamiento. Si bien las grandes personalidades han desempeñado un papel central, es menester trascender un esquema de explicación que sólo se preocupa por las ideas y actividades de los dirigentes. Interpretar la experiencia histórica rusa simplemente como un sistema no democrático es ignorar el contexto histórico en el cual los dirigentes han actuado y las fuerzas que han modelado sus acciones.

Otra herramienta de la historia útil para nuestros propósitos guarda relación con los diferentes usos que se le asigna a la periodización. Una de las preocupaciones centrales del pensamiento histórico ha consistido en inscribir las distintas fases y temporalidades, así como los acontecimientos, dentro de una cierta duración, la cual debe conferirles un sentido preciso. De ahí se ha cultivado la tendencia por periodizar, es decir, por establecer unos marcos cronológicos, con momentos de inicio y de finalización que particularizan un determinado período y que precisan el valor de los acontecimientos, cuyas fronteras recubren.

Una periodización, empero, no constituye un mero ejercicio intelectual; es una disputada y polémica herramienta interpretativa y explicativa que contiene una poderosa fuerza analítica. Cuando se periodiza, se seleccionan unos acontecimientos o unas dinámicas como momentos-fuerza que catalizan un determinado período histórico. Se privilegian unas variables en desmedro de otras. Generalmente, las periodizaciones son concebidas comenzando con un evento cuyo impacto se quiere destacar. Mientras los franceses han ubicado el inicio de la historia moderna y contemporánea en la Revolución Francesa de 1789, los italianos lo sitúan en el *Risorgimento*, los latinoamericanos alrededor de 1870 cuando empezó la consolidación de los estados naciones, y la historiografía soviética privilegiaba, por obvias razones, la Revolución Rusa de octubre de 1917.

Nuestra periodización sigue una secuencia distinta a la que ha sido tradicional en la historiografía sobre Rusia. No se estructura con el ánimo de cubrir el período en el poder de un determinado gobernante. Arranca de la premisa según la cual los marcos temporales deben dar cuenta de aquellos movimientos subterráneos que jalonaron un determinado período. Dentro de esta perspectiva, somos de la opinión de que el siglo XX ruso no cubre únicamente los